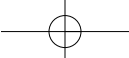
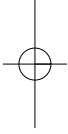


*La sombra del escándalo*



✿ MELODY ✿  
THOMAS

*La sombra del escándalo*

Traducción de  
Flora Casas

PLAZA  JANÉS

Título original: *A Match Made in Scandal*

Primera edición: noviembre, 2008

© 2005, Laura Renken

Publicado por acuerdo con Avon Books, un sello de  
HarperCollins Publishers

© 2008, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Flora Casas Vaca, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-38268-0

Depósito legal: B.37.808-2008

Fotocomposición: Revertex, S. L.

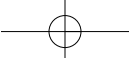
Impreso en Litografía SIAGSA

Joaquín Vayreda, 19. Badalona (Barcelona)

Encuadernado en Lorac Port

L 3 8 2 6 8 0

*Para mi padre y mi hermano, los ingenieros de la familia,  
dos seres maravillosos. Os agradezco las horas que pasasteis  
hablando conmigo por teléfono con una terminología  
que jamás llegaré a entender, pero sí mis personajes.  
Os quiero a los dos.*



## 1

*Londres, 1873*

Con un suspiro de frustración, Rachel Bailey tamborileó con los dedos en el bruñido pasamanos mientras la diáfana espuma de su falda de color esmeralda susurraba al ritmo de sus movimientos. Las oleadas de perfume se mezclaban con las volutas de humo de puro habano que ascendían desde el salón de baile. Se dio la vuelta, con el abanico colgado de una muñeca y el carnet de baile, vacío, de la otra.

Había intentado olvidar que tantas personas la considerasen una rareza intelectual o que la hubieran excluido de su círculo social, particularmente aquella noche. Porque Rachel no tenía nada de Cenicienta, salvo la atención que quizá podría prestarle el apuesto príncipe o, en este caso, el agraciado con el premio más prestigioso de Gran Bretaña. El más alto honor que podía recibir un ingeniero de obras públicas era la medalla Thomas Telford, galardón que a ella jamás le concederían debido a su sexo, pero que Ryan Donally merecía sobradamente.

Desde el balcón dorado que se asomaba al salón de baile del hotel Palace, Rachel lo observó: su figura oscura, erguida, destacaba entre la colorida multitud. La música flotaba por encima de la espaciosa estancia y resonaba contra el techo abovedado, revestido de espejos venecianos de intrincada ornamen-

tación. Los bailarines formaban un abanico de colores, como un arco iris, sobre el suelo resplandeciente.

Increíblemente apuesto, Ryan hacía buena pareja con aquella rubita, lady Gwynet Abbott, a quien estrechaba entre sus brazos quizá con demasiada intimidad. Su futura esposa, si había que dar crédito a los rumores que circulaban por todas partes. Parecía una joya arquitectónica, engalanada de seda bermellón y con el cabello rubio recogido con una diadema de diamantes. Estaban hablando; la energía vital de él fascinaba, mientras con una amplia sonrisa mantenía una animada conversación que llamaba la atención, y no solo la de Rachel.

Desde la infancia, Ryan encandilaba a todo el mundo. Conquistaba a la gente con tanta facilidad como cosechaba galardones, y su carisma era reflejo de su atractivo de irlandés. Tras haber amasado una fortuna en la extracción de mineral de hierro y haberse convertido en cabeza de un conglomerado de empresas internacionales al margen de su familia —y ajeno a ella—, había dejado muy atrás a aquel muchacho zafio que le metía arañas en el pelo cuando eran niños.

La suya siempre había sido una relación imposible. Para Rachel, Ryan era una cruz, y también la razón por la que había regresado a Inglaterra.

Respirando a duras penas a causa del apretado corsé, Rachel pensó que sería una ingenua si creía que podía volver aquella noche a la vida de Ryan sin sentir auténtico terror, después de todo lo que ella le había hecho.

No se veían desde la muerte de Kathleen, cuatro años atrás.

Tenía que encontrar la manera de hablar con él. Necesitaba hablar con él.

—La mujer que está entre los brazos de mi hermano es la sobrina del duque de Devonshire —murmuró una voz masculina al oído de Rachel, que se sobresaltó.

John Donally se había aproximado en silencio y la había sorprendido mirando a Ryan.

—¿A quién te refieres?

Rachel arrebató una copa de champán a un criado que pasaba por allí con una bandeja.

—Sabes muy bien a quién me refiero. Tengo entendido que es pupila del duque y que todos los solteros de oro andan detrás de ella, pero ella solo tiene ojos para mi hermano. Es muy guapa.

El hermano de Ryan, con quien Rachel normalmente mantenía una relación excelente, solo contribuyó a ahondar la herida. Ella no quería saber que aquella chica era pura y perfecta. Agradeció la fresca efervescencia de un sorbo de champán.

—¿Le ha obligado lady Gwyneth a que se corte el pelo? —preguntó, a falta de algo más amable que decir. Había observado que Ryan no llevaba su característica coleta.

—Lo dudo, chiquilla. —Johnny se cruzó de brazos—. Pero siempre puedes preguntárselo.

—Me gustaría mucho hablar con él. Ha estado fuera de Londres una semana.

—Ha estado en Bristol. Volvieron anoche.

—¿Volvieron?

El hermano mayor de Ryan se asomó a la barandilla; sobre sus rizos negros se reflejaron los destellos de la araña veneciana.

—Él, lady Gwyneth y su hermana —contestó Johnny—. Mi hermano acaba de comprar una casa allí.

—Pero ¿de verdad quiere casarse con ella, Johnny?

—¿Y qué sé yo del corazón de Ryan? Desde la muerte de Kathleen mantiene sus emociones cerradas bajo llave, y ninguno de nosotros sabe lo que hace. —Metiéndose una mano en el bolsillo, se dio la vuelta—. No es el mismo de antes. No intentes convencerte de lo contrario.

—¿Habla alguna vez de Kathleen?

Johnny cruzó los brazos y se apoyó en la barandilla.

—¿Por qué has venido de Irlanda, chiquilla? ¿Para estar aquí esta noche?

—A pesar de todo lo que ha hecho durante los últimos cuatro años, Ryan sigue siendo presidente de Donally & Bailey,

Engineering. —Rachel observó las burbujas de su copa; se dio cuenta de que eran esferas perfectas que expuestas a la luz emitían destellos. Que tal perfección resultara del desagradable derivado de un tremendo caos y de una extraordinaria perturbación orgánica constituía la esencia de la verdadera química.

Rachel giró la copa a la luz y parpadeó cuando vio aparecer la agraciada cara de Johnny sobre el borde de cristal. Al darse cuenta de que podía interpretar mal su insólita actitud, tomó otro sorbo.

—Tienes que reconocer que merece el galardón. Sus obras son de estudio obligatorio en Edimburgo y Gotinga.

—Y claro, tú admiras enormemente su talento. —Johnny le quitó la copa de entre los dedos y la dejó sobre una mesa que estaba junto a una columna corintia suntuosamente dorada—. Desde mi punto de vista, ya has bebido más que suficiente, chiquilla.

—¿No deberías estar bailando con tu esposa? —Rachel recuperó la copa, dispuesta a presentar batalla por un traguito más—. ¿Qué estará pensando al vernos aquí arriba solos, forcejeando como dos tortolitos por mi copa de champán?

Con los oscuros ojos lanzando destellos de malicia, Johnny le arrebató hábilmente la copa y la depositó en la bandeja de un criado que pasaba.

—Probablemente estará pensando que nos conocemos de toda la vida, Rachel. —Aferrándola por el codo, la obligó a apartar la mirada de la copa que desaparecía por la escalera trasera que bajaba hasta las cocinas—. Me ha dicho que te buscara y que te llevara al salón de baile, aunque fuera a rastras. Ninguno de los dos creemos que debas observar el mundo desde aquí arriba. Ya va siendo hora de que participes en el juego.

Sofocando una queja, Rachel dejó que Johnny la ayudara a bajar los escalones de mármol hasta el arco iris artificial de sedas y satenes, en cuyos vivos colores se sumergió inmediatamente.

—No es necesario que me lleses de la mano —susurró—. Metafóricamente hablando, claro.

—Lo haré si tengo intención de bailar, literalmente hablando. —Johnny posó las yemas de los dedos en la cintura de Rachel y se inclinó para mirarla a la cara—. No estarás pensando decir que se te ha olvidado bailar el vals, ¿verdad? —preguntó, entrando con ella a la pista de baile con movimientos delicados y precisos.

No había nada que desafiara más a Rachel que el miedo al fracaso.

—Me parece que te estás metiendo en un terreno peligroso —dijo—. Podría destrozarte esos pies tan perfectos antes de que suenen las campanadas de medianoche.

—Pero así tendré la oportunidad de estrechar entre mis brazos a una mujer preciosa. Y con el permiso de mi esposa. ¿Verdad que soy un hombre afortunado?

Rachel se dejó llevar por el sencillo ritmo del vals.

—Lo que tú tienes es mucha labia, Johnny Donally. Pero de todos modos, gracias.

Agradecía que, incluso después de todos los errores que había cometido en la vida, alguien de la familia Donally siguiera siendo su amigo. Aunque todos habían seguido apoyándola incondicionalmente, o al menos la mayoría.

Excepto Ryan.

A pesar de que tenía un nudo en la garganta, sus ojos seguían secos. La vida le había enseñado la inutilidad de las lágrimas y los riesgos de las emociones que interferían en el modo de vida ordenado que se había creado —era una de las dos mujeres ingenieras de obras públicas del mundo, una rutina que había empezado a resquebrajarse tras la muerte de Kathleen, cuatro años atrás; las grietas se habían agrandado cuando Rachel cumplió los veintinueve, el mes anterior. No sabía qué hacer con aquella parte femenina, carente de sentido práctico, que se había reavivado repentinamente dentro de su ser.

Tenía que dar un nuevo sentido a su pasado junto a Ryan a toda costa.

Había visto cómo Ryan se casaba con su mejor amiga; de

eso hacía ya tiempo. Y sabía que si se marchaba aquella noche sin decirle nada que le saliera realmente del corazón, ya no tendría otra oportunidad. Al cabo de pocos meses, Ryan habría desaparecido de su vida para siempre.

—¿Cómo puede beber esto, Donally? —Vaso de ron en la mano, Ryan, que llevaba media hora apoyado en la puerta observando el salón de baile, se dio la vuelta. Lord Devonshire entró en la sala de billar, y Ryan lamentó que interrumpiera aquellos momentos de soledad—. ¿No cree que la Sociedad de Ingenieros podría haberse permitido una marca de champán un poco mejor? —lo reprendió lord Devonshire.

Ryan levantó el vaso.

—En comparación con el whisky irlandés, todo lo demás es insípido, milord.

Dio un sorbo y disfrutó de la quemazón que le bajaba por la garganta; después dejó la copa junto a las bolas. La sala de billar se había quedado vacía cuando la orquesta empezó a prepararse para la última actuación.

Como todos los hombres allí presentes, su señoría llevaba frac y guantes. No era el tipo de acontecimiento al que Devonshire solía asistir. Los colegas de profesión de Ryan eran plebeyos, pero aquella noche había invitado al duque y a su familia.

—¿No va a bailar?

Devonshire estaba en el pasadizo abovedado, contemplando la pista de baile.

—El carnet de baile de su sobrina está completo. —Ryan cogió el taco de billar que había dejado apoyado en la mesa—. Me ha concedido los dos bailes de rigor. ¿Juega al billar, milord?

Devonshire siguió observando a los bailarines y contestó distraídamente:

—No.

Ryan entizó el taco. El humo ascendía formando volutas desde el cenicero de latón en el que estaba el habano medio apagado. Oyó los compases del vals. Risas. Sus propios pensamientos, desordenados. Sabía quién había captado la atención de Devonshire. Él llevaba mirándola casi toda la noche. Incluso mientras bailaba con Gwyneth, observó a Rachel en el balcón encima del salón de baile. Al regresar de Bristol el día anterior se había enterado de que Rachel llevaba en Londres más de una semana.

—La presencia esta noche de la señorita Bailey resulta curiosa. No me esperaba que una mujer como ella se entretuviera con la ingeniería.

Ryan clavó la mirada en el taco de billar.

—¿Y se puede saber por qué?

Tiró a la bola blanca, y las demás se dispersaron por la mesa.

—Una mujer con ese aspecto debería valorar más las gracias propias de su sexo.

Se le heló la risa en los labios y parpadeó tras mirar por encima del borde de la copa y ver la expresión de Ryan.

Donally metió la bola naranja en la tronera de la izquierda.

—¿Hay algún motivo para esta conversación?

Su señoría recogió la bola roja.

—Debe ser consciente de que mi sobrina desea que la boda tenga lugar en otoño —dijo Devonshire—. Evidentemente, hablen de lo que hablen cuando están a solas, le parece bien un futuro como su esposa.

—Evidentemente, el volumen de mi cuenta corriente la hace más tolerante a mis defectos innatos.

Ryan siguió observando con calma e interés el cambio de color en el rostro de Devonshire. Aquel hombre trataba con desprecio a quienes consideraba sus inferiores, que eran todos los presentes aquella noche. Sin embargo, ambos sabían qué terreno pisaban en su relación comercial. Devonshire necesitaba su dinero. En cuanto a su relación personal, estaba aún por definir.

—¡Ah, tío! Estás aquí. —La pupila más joven de Devonshire, de mejillas sonrosadas, se detuvo frente al arco de la entrada. Se sonrojó, sin aliento—. Te he buscado por todas partes. Han empezado otro vals.

—¿Acaso has olvidado tus modales, Beatrice? —le espetó Devonshire.

La muchacha volvió los azules ojos, enmarcados en su cara regordeta por unos tirabuzones rubios, hacia Ryan.

—Permítame robarle a mi tío, por favor, señor Donally. —Bajó las pestañas e hizo una reverencia; las faldas del vestido, azul pálido, susurraron con el movimiento—. Gwyneth ha apuntado su nombre en mi carnet de baile para llenarlo. Esperaba que a lo mejor...

—¿Dónde está tu hermana?

Devonshire miró hacia el salón de baile.

—Bailando, por supuesto. Su carnet siempre está completo. Devonshire le dirigió una dura mirada.

—Deberías tener en cuenta que su carnet está siempre completo porque no anda por ahí revoloteando como una colegiala tonta, Beatrice.

Ryan se dio la vuelta y recogió la levita de la silla en la que la había dejado.

—Lo siento, tío —oyó que murmuraba la chica.

—Ve al tocador a arreglarte el pelo.

—Sí, tío.

Ryan mantuvo fija la mirada en las mangas de su levita mientras la chica salía apresuradamente de la habitación. Devonshire lo miró por encima del hombro, con ojos acerados.

—Tenemos un pacto, Donally.

Ryan contempló a aquel hombre de más edad con una sonrisa tensa, mientras se ajustaba los gemelos de plata.

—Siempre a su servicio, milord.

Sin embargo, su crispada inclinación de cabeza daba a entender lo contrario.

Ryan siguió mirando a Devonshire mientras este se alejaba,

apoyó un hombro en la pared y se metió una mano en el bolsillo. Notaba un sabor agrio en la boca, que ni la melodía del vals ni la alegría de la pista de baile podían disipar. Toda su vida había tenido encontronazos con hombres como Devonshire, que, en virtud de su nacimiento, se creían los dueños del mundo y de cuantos los rodeaban. Se había ganado muchos enemigos, y no cabía duda: sabía que Devonshire era uno de ellos.

Su mirada se detuvo bruscamente en la solitaria figura femenina que estaba junto a los amigos de Johnny, y todos los demás pensamientos se desvanecieron.

Rachel Bailey había sido su obsesión de adolescencia. Su cruz. La única mujer en el mundo que podía ganarle al críquet, vencerlo en aritmética y que probablemente sabía más acerca de él que ninguna otra persona viva.

Los destellos de los candelabros la destacaban entre la multitud, como una virgen etérea, dibujando su perfil entre sombras y luces reveladoras. Devonshire no conocía a la mujer a la que había insultado al insinuar que había vuelto a Londres con otro propósito que el de asistir a la entrega del galardón a Donally & Bailey aquella noche. Rachel vivía por y para la empresa, y solía traspasar la línea divisoria entre el bien y el mal como si hubiera nacido para el martirio. Llevaba cuatro años trabajando en las oficinas de Dublín.

A Ryan siempre se le habían dado bien las mujeres. Las inteligentes lo evitaban, lo cual demostraba que Rachel siempre había sido más inteligente que la mayoría, pero a pesar de que ella había andado tras su hermano mayor durante gran parte de su juventud, siempre había conseguido nublar la visión de Ryan y oponerse a sus opiniones. Después, en algún momento entre que le dio el primer beso con lengua y se graduó con la mejor nota de su promoción en Edimburgo, Ryan conoció a Kathleen.

Ryan se quedó mirando a Rachel, en silencio, hasta que por alguna resonancia inherente de sus pensamientos, ella volvió la cabeza; durante un momento interminable Ryan esperó a que

lo viera entre la multitud. Se dio cuenta de que Rachel estaba buscando a alguien, pues miraba hacia el otro lado de la pista de baile, y volvió a invadirlo el nerviosismo que llevaba acompañándolo toda la noche.

Cuando eran niños, Ryan siempre sabía cuándo colocarle una araña en el pelo o cómo atarle las cintas del vestido al poste del granero con tal fuerza que ella tenía que desvestirse para librarse. Cuánto tardaban en desaparecer las viejas costumbres, pensó. Mientras sacaba los guantes de un bolsillo y se los ponía distraídamente, recordó el pelo de Rachel, y se preguntó si aún le caería hasta la cintura como una salvaje cascada de pecado. Empezó a abrirse camino entre la multitud, pero continuamente le cerraban el paso personas que lo paraban para felicitarlo por el galardón que había recibido. Con los ojos clavados en Rachel, sorteó a la multitud con la misma eficacia con la que lo hacía todo en su vida.

La araña de cristal en el centro del salón de baile iluminaba la aglomeración de bailarines. Rachel se quedó unos cinco segundos más tratando de reconocer las caras y después intentó abrirse paso entre el gentío. Lady Gwyneth aún no había abandonado la pista de baile, pero a Ryan no se lo veía por ninguna parte.

Se procuró otra copa de champán de un criado que pasaba por allí, demasiado enfadada para preocuparse de lo poco que tenía en común con la gente de aquella sala o de lo profundamente que detestaba las multitudes. Se detuvo ante una consola engalanada con una enorme guirnalda de color fucsia y contempló una austera representación de la reina Victoria colgada en la pared. Se preguntó cómo era posible que en el país más poderoso del mundo estuviera al mando una mujer y sin embargo fuera tan arcaico en cuanto a la situación de la mujer en la sociedad.

—Majestad... —Se llevó la copa a los labios.

Una mano enguantada pasó por encima de su hombro y le arrebató la copa.

—¿Nadie te ha dicho nunca que bebes demasiado?

Ryan le dio un susto de muerte; resultaba incluso más atractivo de cerca que cuando bailaba.

—Prácticamente toda tu familia.

Ryan dejó la copa sobre la mesa. Mantuvo la mirada de Rachel, con sus oscuros ojos ligeramente amenazadores.

—¿Todavía puedes bailar?

Con el corazón martilleándole en el pecho, Rachel observó cómo los dedos de Ryan se curvaban sobre la palma de su mano y la tomaba hábilmente entre sus brazos para llevarla a la pista de baile.

—De verdad, Ryan, qué creído puedes ser a veces —bromeó.

—Ya no. —Ryan sonrió burlonamente, la encarnación misma del encanto—. Soy un hombre reformado.

—Tienes razón a medias —replicó Rachel, recordando que él era quien la espía cuando nadaba desnuda en el estanque detrás de su casa—. Eres un hombre.

Sus miradas se cruzaron. Ya estaba. Un asomo de fricción entre ellos, un ardor que aumentaba lentamente y que acabaría en auténticas chispas. Rachel había olvidado hasta qué extremo podía llegar aquel ardor. Mirando nerviosamente el salón de baile dorado y las mil velas que parpadeaban como otras tantas estrellas, se dejó llevar por el compás.

—Esta noche, incluso voy a dejar que me lleves.

—¡Por Dios! —Ryan se rió quedamente. Recorrió los labios de Rachel con los ojos y después los fijó en algún punto por encima de la cabeza de ella—. ¿Cómo es que no estás en Irlanda?

—Estoy ampliando el proyecto de Rathdrum —contestó Rachel. Él guardó silencio—. Te escribí hace unos meses. Dos veces.

—He estado fuera, Rache.

—Johnny me ha dicho esta noche que has pasado toda la semana en Bristol.

—Ryan la miró. El rubor del rostro de Rachel sin duda se debía al champán que había tomado. Él no replicó, y Rachel añadió:

—Tengo habitación en este hotel. —Sus palabras parecieron una invitación descarada al coqueteo. Se aclaró la garganta, pensando por qué le resultaba tan difícil decir lo que había ido a decirle—. O sea, que podríamos hablar durante la comida. En el comedor, por supuesto.

—No sé, Rache. Arriesgarte a venir a Londres para verme... Y ahora me invitas a comer, todo en una sola semana. ¿Y si me diera por pensar que estás intentando seducirme?

Ya empezaba a portarse mal, como de costumbre.

—No te hagas ilusiones. —Rachel levantó la barbilla—. Hasta mi abuela podría seducirte. Así de fácil eres.

Una sonrisa sorprendentemente radiante iluminó el bronceado rostro de Ryan.

—¿Qué tal anda la abuela últimamente?

—Lee lo que dicen sobre ti en la prensa, Ryan.

A Ryan no parecía preocuparle demasiado ser el protagonista habitual en las columnas financieras y de sociedad de todos los periódicos de Gran Bretaña.

—Entonces, ya puedo imaginar lo que dice la abuela de mí —replicó burlonamente, pero con gesto serio.

Rachel notó el calor del cuerpo de Ryan contra el suyo, el aroma silvestre de trébol y sol que parecía emanar de la tela de su camisa. Justo a la altura de sus ojos tenía la medalla Thomas Telford, colgada de una cinta que Ryan llevaba alrededor del cuello, cómodamente arropada entre la fina batista de la camisa blanca y el chaleco. Sintió deseos de meter las manos entre aquellas ropas y rescatar la medalla.

—A lo mejor, si te portas bien, te dejaré que me la quites y juegues con ella. —Ryan se acercó más, tanto que su cálido aliento le acarició la oreja—. Mis juguetes siempre te gustaban más que los tuyos.

—Al menos hay ciertas cosas que no has olvidado —replicó

Rachel, molesta porque Ryan pudiera leerle el pensamiento con tanta facilidad.

—¿Te ves con alguien? —preguntó Ryan al cabo de unos segundos. Recorrió su cuerpo con mirada inquisitiva y enarcó una de sus negras cejas—. ¿Estás enamorada? ¿Tienes vida aparte de Donally & Bailey?

—Claro que sí. —Una respuesta demasiado rápida. Con solo mirarla, Ryan se dio cuenta de que estaba mintiendo—. Doy clase en un colegio femenino en las afueras de Dublín —dijo Rachel, como pensándolo mejor, y añadió—: Y practico esgrima.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Tres años. Mi profesor es David.

Ryan esbozó una sonrisa despectiva.

—¿Qué tal está mi distinguido hermano? ¿Sigue siendo sacerdote?

—Por favor, Ryan. Como si tuvieras tantos hermanos que siguen hablándote. ¿Por qué tienes que insultarlo?

—Tienes un gran corazón, Rache. —Se echó a reír y la llevó hacia la terraza—. Hay cosas que no cambian nunca. Al menos me alivia saber que después de tantos años en Irlanda todavía no te has convertido en un merengue.

Habían salido bailando por las puertas de cristal y se detuvieron bajo las ramas de un árbol. La música seguía esparciendo sus sonidos en la noche.

—¿Y las cartas? —preguntó Ryan. Su rostro expresaba su implacable personalidad con tal elocuencia que Rachel pensó que estaba enfadado—. ¿Por qué de repente ese renovado interés en mi vida? Yo pensaba que nos habíamos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—¿Por qué no has venido tú a Irlanda? El transbordador navega en ambas direcciones. —Con el corazón desbocado, Rachel se aplastó las faldas con la mano. No podía haber llevado una vida más retirada en los últimos cuatro años—. Ya sé que tienes derecho a detestarme.

—Mírame —dijo Ryan.

Le levantó la barbilla con dulzura, obligándola a darse la vuelta. En la penumbra, Rachel oyó el susurro de una manga de la levita de Ryan al tiempo que sus sentidos, aturdidos, captaban cómo él deslizaba algo sobre su cabeza; algo cálido, de bronce, reposaba entre sus pechos.

—Llévate la medalla a Dublín. También te la has ganado —dijo Ryan.

Ella movió la cabeza. La mano de Ryan envolvió la suya, más pequeña.

—Acepta por una vez un regalo mío, maldita sea.

—Vete al diablo, Ryan.

No pudo añadir nada más; sus emociones eran demasiado confusas.

—¿Podríamos hablar sobre esos sentimientos tuyos? —preguntó Ryan, bajando la mano.

Muy apuesto con su frac apoyó la cadera en el muro de piedra. Las sombras y la luna quedaban a su espalda. La levita se tensaba sobre los hombros; su postura distendida cambió perceptiblemente cuando volvió la cabeza para mirar a Rachel.

—No. —Ella se rió con expresión levemente indignada.

Su mirada se perdió en aquellos oscuros ojos insondables, clavados en los suyos, y en la boca, que ella había besado hacía tanto tiempo y que en aquel momento deseaba volver a besar. Era más guapo de lo que un hombre tenía derecho a ser, y su contacto despertaba algo profundamente enterrado en ella; algo que sin duda él podía leer en sus ojos. Ryan se había casado con su mejor amiga. Había amado a Kathleen. Ella había querido a Kathleen como la hermana que nunca tuvo, pero de repente sentía que estaba traicionando esa lealtad. Sin embargo estaba harta de la mentira en la que se había convertido su vida.

—En una ocasión te dije cosas de las que me arrepiento, cosas que no debería haber dicho en... en el funeral de Kathleen...

—Basta, Rachel.

Ryan se dio la vuelta. Se detuvo en el borde de la terraza y, con las manos en las caderas, miró hacia el estanque lleno de peces de colores.

A pesar del estado de agitación en el que Raquel se hallaba, aquella reacción le pareció tan incongruente que respondió sin pensar.

—No puedes volverme la espalda. Es importante.

Ryan apoyó una mano en la cintura. Al volverse, Rachel vislumbró los broches de plata de los tirantes, por donde se le había abierto la levita.

—Si lo que quieres es confesar algún acto del pasado, te perdono todo lo que creas haber hecho.

—Ni siquiera sabes qué pecados he cometido.

—¿Tan graves son? —Se encaró con ella—. Vas a misa dos veces por semana. No has asesinado a nadie. Si dejamos a un lado tu afición a beber, fumar, decir palabrotas y hartarte de chocolate, prácticamente eres una seria aspirante a la santidad.

—¿A la santidad? Te acusé de haber matado a mi mejor amiga.

Tragó saliva al recordar las cosas espantosas que había dicho aquel día. Kathleen murió en el parto, y Rachel le echó la culpa a Ryan. Su aflicción la llevó a ser terriblemente egoísta y cruel.

Y peor todavía: había hecho cosas que habían avergonzado a su familia. No era quien Ryan creía que era.

—Hace unas semanas cumplí veintinueve años. ¿Lo sabías? Me has preguntado por qué había venido a Londres. —Era consciente de que sus emociones la estaban desbordando. Notaba en el pecho una opresión que parecía crecer como si se hubiera abierto una compuerta y ya no fuera posible contener las aguas—. He trabajado toda mi vida para alcanzar la posición que tenéis Johnny y tú, y que tenía mi padre. En cierto sentido, necesitaba que creyeras que soy digna del puesto que ocupo en Donally & Bailey en Dublín. Como tú mismo has dicho, me he comprometido en esa tarea hasta el punto de excluir de mi vida todo lo demás. Tuve que elegir, y solo Dios

sabe cuántos errores he cometido. Quiero ver a Mary Elizabeth, y quiero verte a ti.

Ryan se limitó a seguir mirándola, con los ojos entrecerrados, con desconfianza.

Rachel agarró la medalla con ambas manos. La extraña sensación de haber llegado al final del camino iba acompañada de un familiar y desconcertante sentimiento de inseguridad.

—Se trata de enmendar nuestro pasado —y su vida entera, comprendió en aquel momento—. En una ocasión te dije cosas terribles. No merecías que me pusiera tan furiosa aquel día, con todo lo que estabas sufriendo. Dirás que no te acuerdas, pero yo sé que no es así. Estaba equivocada. Después desaparecí de tu vida, y no hemos vuelto a tener ocasión de hablar... de nada.

La luz de la luna solo contribuía a oscurecer todavía más su sombrío estado de ánimo mientras intentaba recuperar la calma. Un seto de boj los ocultaba del salón de baile, donde había dejado de sonar la música. Pronto daría comienzo el último baile, y Ryan tendría que entrar, porque todos estarían buscándolo.

Ryan sacudió la cabeza.

—¿Y te has pasado todos estos años pensando en aquel día?

Su tono reflejaba cierta incredulidad, y Rachel se sintió como una imbécil. Quizá lo único que habían compartido era el cariño a Kathleen. Tal vez no tenían nada en común en su pasado, y ella había vivido todos aquellos años estancada en un absurdo recuerdo, cuando él la besó a la sombra de aquel olmo.

—¿Por qué lo pones todo tan difícil? ¡Siempre me haces lo mismo!

—¿Quién, yo? —Ryan parecía atónito, pero mantenía su actitud arrogante.

—Sí, tú. Estoy haciendo todo lo posible por hablar contigo, por contarte... cosas. Cosas importantes.

—¿Importantes? —Se hizo un pesado silencio—. Vuelves a

mi vida a ritmo de un vals. ¿Y para qué? ¿Para limpiar tu conciencia por algo que ocurrió hace casi cuatro años? Todo lo que me dijiste aquel día era verdad. —Sus oscuros ojos brillaron con una emoción incontrolable que Rachel no veía desde hacía años—. Kathleen murió por mi culpa. Tú no sabes de cuántas maneras la maté, así que no saques a relucir ese día otra vez. —Su voz se había calmado entre las sombras del seto.

—Lo siento.

—Tú no sabes quién soy, ni nunca lo has sabido. Has vivido en tu mundo, como el trovador que canta sueños que no tienen cabida en el alma de un hombre. Siempre se te ha dado muy bien conseguir lo que querías.

—Ya está bien. —Rachel detestaba que las lágrimas empezaran a brotar. Detestaba que Ryan le impidiera pensar racionalmente. Él no sabía nada de los últimos años—. Por favor...

—Por favor... ¿qué, Rachel? Eres la madrina de mi hija. No te he impedido que la vieras. No quiero oír tus malditas confesiones porque tengas veintinueve años y hayas decidido volver a Inglaterra para dar un nuevo sentido al pasado y poder dormir por las noches.

—¡Eres increíble, Ryan Donally! No sé ni por qué intento hablar contigo.

—Vamos, Rache. —Ryan extendió los brazos—. Eso no es nada nuevo.

No iba a librarse tan fácilmente. Rachel podía aceptar parte de la culpa de su distanciamiento, pero no toda. ¿Cómo podía haber estado enamorada de él toda su vida y que él siguiera tan ciego?

—He vuelto para verte a ti, Ryan —susurró Rachel. Tomó las manos de Ryan entre las suyas, unas manos hábiles, que habían diseñado puentes y carreteras, que la habían confortado cuando murió la madre de Rachel—. Eso es lo que intento decirte. Intenté decírtelo por carta.

Durante los últimos meses había intentado de muchas maneras contarle lo que albergaba su corazón.

—Por Dios, Rachel. ¿Se puede saber qué estás haciendo?  
—preguntó Ryan en un ronco susurro.

Rachel se dio cuenta de lo confundido que se sentía Ryan. La luz de la luna caía de plano sobre su rostro. Lo miró a los ojos, tratando de interpretar sus pensamientos, pero lo que vio en aquellas oscuras profundidades no la apaciguó.

De pronto hizo lo que le pedía su corazón, lo que debería haber hecho tiempo atrás, mucho antes de su vigésimo noveno cumpleaños, mucho antes de mirarse al espejo y comprender que había desperdiciado gran parte de su vida por orgullo o por dolor.

Acercó sus labios a los de él y lo besó.

El impulso de acariciarlo le resultaba tan natural como respirar. Oyó cómo Ryan pronunciaba su nombre con voz ronca, resucitando la esperanza que había muerto con el paso de los años. Su cuerpo se arqueó contra el de él, y notó sus duros contornos. Deslizó los dedos por el cálido cuello para jugar con el pelo. Él le cogió la cara con las manos, al tiempo que apartaba bruscamente su boca.

—No puedo —susurró Ryan—. No puedo. —Aquellas palabras fueron como un golpe para los sentidos de Rachel. Ryan le rodeó la barbilla con una mano y volvió su cara hacia él—. Nunca podrá haber nada entre nosotros. —Suavizó la presión de la mano—. Vuelve a casa, Rachel.

Ella retrocedió. Si lograba no reaccionar, podría aceptar la actitud calmada de Ryan como un noble gesto para evitarle otra humillación, pero solo sentía la cruda realidad del rechazo. El comportamiento de Rachel no tenía nada de honorable. Jamás debería haber abierto aquella condenada puerta al pasado.

Y lo peor de todo era que le contrariaba que Ryan la respetara más que ella a sí misma. Un estallido de cólera por sus propios actos la rescató de la vergüenza.

—Es imposible que ella te quiera, Ryan.

Ninguno de los dos se movió durante unos espantosos se-

gundos; Rachel sentía que el corazón le atenazaba la garganta. No era su intención que sus palabras sonaran tan crueles. En el salón de baile había comenzado la música, un clamoroso y triunfal final apropiado para una fiesta que había resultado todo un éxito.

—¿Es esa la excelente opinión que tienes de mí, Rachel?  
—Ryan torció la boca en una mueca de diversión. En señal de desprecio por haberse burlado de sus sentimientos, Rachel le volvió la espalda—. Creo que sí —añadió. Esbozó una sonrisa y se internó en el sendero bordeado de flores.

Rachel se desplomó en el banco de piedra, desconsolada.

Su mirada se posó en la medalla y trazó con los dedos las letras grabadas, mientras en su cabeza se agolpaban sensaciones que ya le resultaban conocidas. Ni en su peor pesadilla podría haber echado a perder más aquella noche, pensó mientras se enjugaba con una mano las lágrimas. Estaba furiosa con él y con su falta de lógica para plantearse su vida; estaba convencida de que Ryan iba a saltar al abismo sin saberlo. Era un imbécil, pero ¿quién podía decirle nada a Ryan? Ella no, desde luego. Ella no podía ofrecerle nada.

Aspirando entrecortadamente una profunda bocanada de aire, alzó los ojos. Su mirada se quedó clavada en un joven rubio sentado en el muro de piedra. Se irguió bruscamente, se pasó el dorso de la mano por las mejillas y se puso en pie. El joven no estaba allí antes, pero por su actitud saltaba a la vista que había presenciado la humillante escena.

—Aunque prefiero los espectáculos del Covent Garden, esta noche me ha parecido muy interesante. —Cruzó los brazos y estiró las piernas—. Usted debe de ser la célebre socia del hombre que tiene intención de casarse con mi prima —añadió, levantándose—. Precisamente la persona a la que quería ver. —No era ni excepcionalmente alto ni de hombros excepcionalmente anchos, pero sí apuesto, y sus ropas eran tan exclusivas como el grueso alfiler de diamante prendido en la corbata—. No he podido evitar oír su conversación.

—Estoy segura de que podría haberlo evitado si hubiera puesto más empeño en marcharse.

Rachel intentó sortearlo, pero el joven le impidió el paso.

—Permítame que me presente. —Inclinó la cabeza y le tendió una tarjeta—. Soy lord Gideon Montague, vizconde de Bathwick, hijo de lord Devonshire, que está aquí en calidad de invitado de Ryan Donally. Mi ilustre prima... como probablemente sospechará usted, tiene sus propios planes para la noche, de modo que me veo obligado a buscar un lugar entre las demás almas perdidas —dijo con despreocupada deferencia, como si tuviera derecho a imponer su presencia o diera por sentado que Rachel se había perdido—. Usted y yo tenemos algo en común, señorita Bailey.

—Sinceramente, dudo que nos movamos en los mismos círculos para tener algo en común.

Se sentía demasiado humillada por lo que el joven había visto, y demasiado enfadada. Johnny salió a la terraza desde el salón de baile. Se detuvo al verla, su mirada se posó en el hombre que le impedía el paso y fue a su encuentro.

—Bathwick... milord.

—Johnny Donally. —Lord Bathwick se dio la vuelta, a todas luces molesto por la interrupción—. Qué anticuado. ¿Viene a rescatar a alguien?

—¿Estás bien?

Johnny se colocó junto a Rachel en actitud protectora. Pero Rachel no necesitaba que nadie la defendiera. Lo único que quería era marcharse de allí.

—Vamos, muchacho. —Bathwick imitó el leve acento irlandés de Johnny—. Todavía quedamos algunos caballeros y, a pesar de lo engraido que es su hermano, aún quedan cosas en Gran Bretaña que no son tuyas. Solo quería hablar un rato con esta encantadora miembro del consejo de administración de Donally & Bailey.

—Ya ha hablado más que suficiente. Y ahora, márchese —dijo Johnny.

Bathwick lanzó una dura mirada a Rachel al pasar junto a ella.

—Otra vez será, señorita Bailey. Cuando esté dispuesta a hablar.

Rachel sujetó a Johnny por un brazo para evitar una pelea, pero mientras miraba cómo se alejaba Bathwick, se preguntó qué le habría hecho Ryan para que lo odiara de ese modo.

